


## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Angel T. Lo Celso: "Euritmia arquitectónica. Estudio de una expresión estética".  
— Imprenta de la Universidad. Córdoba, 1943.

Uno de los problemas más esenciales en estética, es la relación que existe entre la materia del arte, las intenciones del artista y el "amateur". Y después de muchos esfuerzos, después de analizar los recursos del artista y las reacciones del espectador, los filósofos, volviendo a fines del siglo XIX a orientaciones antiguas, han pensado que tal vez para que la estética merezca al nombre de ciencia, debía determinar su objeto. Imposible determinarlo por el lado del artista, pues, el artista no tiene certeza de serlo más que en la obra realizada. Imposible determinarlo por el lado del "amateur", pues el "amateur" puede reaccionar de acuerdo a influencias impuras. Fuerza pues será de determinar el objeto de la estética por el lado de la obra realizada. Es lo que hace con pleno conocimiento de su tema el arquitecto Angel T. Lo Celso en su libro: "Euritmia arquitectónica. Estudio de una expresión estética".

"Le mot art a d'abord signifié manière de faire" escribe Paul Valéry. Y aun: "Tout art peut s'apprendre, mais non tout l'art". No pretende, pues, el arquitecto Lo Celso que las reglas sean suficientes al artista que no lo sería. Pero sí que podemos, ya que la obra es un objeto en el sentido más riguroso de la palabra, analizar el contenido, el ritmo de la obra. Es evidente que toda obra implica una proporción de sus partes en pista de una unidad. Esa diversidad en la unidad, los Griegos la llamaron: *analogía*, los Latinos, *proportio*. En el renacimiento se habló de simetría. Esa correspondencia de las partes con el todo es lo que se llama en arquitectura, euritmia. Ese principio de analogía fué formulado en el siglo XIX por Thersch bajo el nombre de principio de analogía. "La armonía, escribe, resulta únicamente de la "repetición de la figura principal de la obra en cada una de sus subdivisiones"; el cual principio no es más que la aplicación cada vez más extensa del "número de oro o sección dorada". El interés de semejante teoría cuyos aciertos son innegables es que refiriéndose a la obra únicamente, puede dar cuenta de la obra cualquiera que sea, aunque no sea suficiente para crearla. Además prueba que una de las condiciones *sine qua non* de toda obra es según la expresión de Timmerding de darnos "la impresión tranquilizadora de lo que permanece semejante a sí mismo en la diversidad de la evolución". Más aún, dicha teoría nos permite asegurar que una obra que la contradiga no sólo no merecería el nombre de arte, sino que resultaría sencillamente imposible de realizar. En efecto, la inspiración no es subjetiva solamente: es la conciencia feliz, euritmia, de una objeto y de una materia. La euritmia no sería al final, sino el encuentro de una "belle matiere" y de una voluntad que controlándose recíprocamente y exaltándose, encontrarían un equilibrio en una Ley Única, cuya universalidad misteriosa e incomprendible, sola, sin embargo, da cuenta "de ese conocimiento desconocido que toda



obra de arte considerada como bella posee" (Lo Celso. P. 206). Con delicadeza intelectual —pues mucho se asemeja al filósofo, al cirujano que tiene que vérselas con los órganos más vitales del cuerpo humano— con delicadeza intelectual, con tacto soberano, el arquitecto Lo Celso a la vez que afirma y demuestra en más de 200 páginas su afirmación, no olvida ninguno de los elementos que fijan a la Estética sus dominios, a la vez que reconoce sus límites: "El hombre, ser más inteligente del universo — debe expresar sus creaciones artísticas y particularmente arquitectónicas de *una manera tangible*, debe ser su creación de contenido ideal y formal; *traduciendo proporciones semejantes* a las que rigen en la naturaleza a los seres animados, *expresándolos por medio de razones geométricas*, basadas según el carácter de los cuerpos bien constituidos y del espíritu que se apoya en la lógica" (Lo Celso. P. 6. — Las expresiones subrayadas no lo son por el autor).

Este libro es, sin lugar a dudas, el mejor en este orden que haya aparecido en el país hasta la fecha. Y nadie podrá afirmar lo contrario, si se tiene en cuenta que otras obras de estética a pesar de su valor incontestable, olvidan que la estética no es un arte, sino una ciencia, y que siendo una ciencia debe adentrarse en las obras no por medios dialécticos sino precisos, es decir adoptando de acuerdo a la esencia misma de toda ciencia, el ritmo que constituye la materia esencial de la obra. Además, dicha obra nos lleva *per gradus debitos* hasta el punto preciso en que la ciencia debe dejar el lugar a la contemplación.

Sería de desear, pues, que en un acto de generosidad que sería justicia, los estudiantes y los artistas hicieran un alto en sus estudios y en sus creaciones y se preguntaran si la obra del arquitecto Lo Celso no marca en el país el momento preciso en que de literaria o dialéctica, la estética debe encaminarse por los caminos que son los suyos: del rigor obstinado, como lo pedía ya Leonardo da Vinci.

EMILIO GOURAN.